



EDICIONES PINGALA

ESTA EDICIÓN ES UNA MIERDA

Ricardo Hende Seós



I

Aúpose y sentose el Padre Porras sobre la pila bautismal y puso en sus nalgas el remojón. El escozor fue calmando y durante la calma quedó él dormido. Angelito, que vicios tiene.

El niño Porras nunca creyó él en el mesías, si que creyó de siempre en las hamburguesas. Tampoco creyó ni en el un dios, más si que creyó en las cajas de galletas. Ni en la Birgen Santa creyó nunca, pero gozaba del mirar el escote a las ancianas mientras de rodillas se le postraban para pedirle confesión. Nunca se pensó en ser párroco de pueblo más allí estaba, de cura-párroco en el Valle de Abdalajís.

Se corría la tarde del 9 de agosto del 2017.

Hacia la media hora que se había encerrado el Padre Porras en la parroquia del San Lorenzo Mártir, con la excusa del prepararse el día del mañana, día de San Lorenzo, en soledad y sin molestias.

La estatuilla de madera del Santo Lorenzo que estaba preparando para la procesión del día siguiente ya estaba sobre la peana de mierdas. Así que se metiese el Padre Porras por bajo la peana, para atornillar al Santo ya dispuesto.

Con el culo en pompas estaba el Padre Porras ofrecido. Se le aflojó la gomilla de las bermudas, cayendo estas, dejando el agujero del su orto a la vista, del pájaro...

II

En un primer momento se pensó en el Santo. Más non podía ser. El cipote que lentamente se abrió camino entre las nalgas y le abrió los ojos, no se sintió a maderas sino a carnes.

Sobresaltado se le escapó la llave del trece de las manos y el tintineo de la herramienta golpeando las baldosas del barro de la iglesia se metió hasta los sesos del Padre Porras, encontrándose allí con la punta del cipote que dende el su ojete venía.

E iba, e venía. Y al venirse los cojones que del cipote colgaban, golpeaban en las sudadas nalgas del Padre Porras chasqueando cuál vara de avellano. Duró el asunto cuatro empellones e yap... terminó...

Azorrado, salió el Padre Porras del bajo la peana de mierdas con las bermudas en la altura a sus tobillos. Con chorreando la lefa por la entrepiernas buscó entre las lágrimas de sus ojos el motivo de aquella desazón. Recorrió las naves de la pequeña iglesia, la sacristía. Comprobó el cerrojo de la puerta, ascendió a lo alto de la torre y no halló alma ni cueripo alguno que explicase la su quemazón...

Aturdido y gozoso, se encaramó a la pila el bautismal y allí aupado durmió con las nalgas al remojón y los pies colgando. Angelito, que vicios tiene.

Fin